

Con un vago temor, pero con mucha fe —y no lamentamos alterar el conocido verso dariano—, acometemos la delicada empresa de ofrecer, en nombre de quienes hacemos la revista Anales de Literatura hispanoamericana y de sus numerosos e ilustres colaboradores, el homenaje representado por estos números a su director, al maestro y amigo Francisco Sánchez-Castañer. Temor por la previsible dificultad para encontrar las palabras que la ocasión merece, fe porque en todo caso algo ha de ayudarnos el abordar el empeño «ex abundantia cordis».

Hemos deseado este honor a sabiendas de que no es sencillo glosar una vida y una labor tan fecundas como las de Sánchez-Castañer. Ahí están en el escueto curriculum, aunque necesariamente largo, que sigue a estas líneas los datos que hablan por sí solos. ¿Cómo despertar, sin embargo, el hondo calor de los apasionados desvelos que subyacen en su fría exposición? ¿Cómo dar la medida de tanta tensión vigilante, de tamaña entrega?

Nuestra condición de discípulos tardíos nos concede acaso una prerrogativa. Hemos conocido al Sánchez-Castañer más depurado, más definitivo, por así decirlo, al hombre poseedor de una obra ingente —que dista mucho de estar concluida—, de una rica experiencia docente, que ahora cumple cincuenta años, y, sobre todo, de una sabia comprensión del mundo y de las cosas, a un hombre que imparte con todos sus actos una ininterrumpida lección de humanismo.

Coincide este homenaje con la jubilación —mera jubilación administrativa— del maestro y con sus bodas de oro con la enseñanza. Le rodean así espiritualmente legiones de alumnos de muy distintas épocas y muy en especial los de su más querida disciplina, la literatura, esa forma del arte que él ha concebido siempre como algo vivo y cuya

enseñanza ha desarrollado y complementado, en consecuencia, con el más eficaz pragmatismo, sea por medio de la fundación de revistas, sea en ciclos de estudios monográficos, o incluso a través de la puesta en escena en memorables oportunidades de relevantes piezas teatrales por él adaptadas.

Sánchez-Castañer, tan irrenunciablemente sevillano como universal, ha recorrido todas las escalas de la docencia desde que se inició como profesor ayudante de Literatura española en el Instituto de Enseñanza Media de su ciudad natal en 1929, hasta que en la culminación de su carrera ocupó en 1967 la cátedra de Literatura hispanoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, de la que fue decano. En el largo intermedio un buen número de centros secundarios y, sobre todo, universitarios de la misma Sevilla, Alcalá de Henares, Madrid de nuevo, Santiago de Compostela, Santander y Valencia, por hablar únicamente de los españoles, han gozado de su magisterio. Asombra en verdad su versatilidad, que le ha llevado a proyectarse no sólo en el campo literario, sino en los de la Lingüística, la Historia de España y del Arte, la Arqueología, Epigrafía y Numismática, el Arte dramático y, no lo olvidemos, el Derecho, como doctor graduando que es en tal especialidad, además de serlo, naturalmente, en Filosofía y Letras. Sánchez-Castañer es, pues, no hay más remedio que volver sobre lo ya apuntado, el paradigma del humanista, el hombre de los múltiples saberes, opuesto a las corrientes de «bárbara especialización» que hoy pretenden imponerse. Y ello no significa, claro está, que no haya polarizado cuando ha sido preciso algunos de sus afanes en torno a materias y autores observados con excepcional intensidad y rigor, como lo prueban sus estudios sobre Cervantes, Juan de Palafox y Rubén Darío.

Hablando ya de sus publicaciones, nos sorprende su impresionante relación que abarca títulos de la mayor importancia, dentro fundamentalmente de los ámbitos de las Literaturas española e hispanoamericana, pero concernientes también a otros temas, como las dedicadas a glosar, en ágil prosa periodística y siempre profesoral, múltiples acontecimientos culturales de la vida española. Por referirnos sólo al sector que personalmente nos ofrece mayor interés, el de la Literatura hispanoamericana, hemos de volver sobre su particular dedicación a Palafox y a Darío. Al primero ha dedicado tres libros y nueve enjundiosos artículos, con los que ha configurado como nadie la extensa obra y la figura del admirable obispo de Puebla y Virrey de la Nueva España, al que sitúa decididamente, pese a su cuna peninsular, como «escritor barroco hispanoamericano». Es aquí seguramente donde Sánchez-Castañer deja una mayor constancia de sus dotes de investigador paciente y riguroso. En cuanto al gran poeta de Nicaragua ha merecido también una singular atención por su parte, materializada

en cuatro libros en los que se recogen copiosos estudios monográficos. Darío, que pidió exégetas andaluces, ha encontrado en nuestro profesor uno de los más fervorosos y sutiles. Añadamos que la dedicación a estas dos cimas de la Literatura hispanoamericana ha venido y viene siendo complementada con los cursos monográficos de doctorado impartidos por Sánchez-Castañer y, en el caso de Rubén Darío, a través asimismo de la sección especial a él dedicada en la revista *Anales de Literatura hispanoamericana*, portavoz de la cátedra «Rubén Darío», cuya titularidad ostenta.

Muchas corporaciones académicas se han honrado incorporándole a su seno, muchas universidades extranjeras le han solicitado. Viajero incansable, Sánchez-Castañer ha circundado literalmente el globo en misiones culturales, como asistente a congresos o en calidad de profesor visitante. Cuantiosas condecoraciones y distinciones han testimoniado, en fin, el reconocimiento público a su labor. Colofón de ellas, por ahora, ha sido la Gran Cruz de Alfonso el Sabio en la Sección del Mérito Docente otorgada por el Ministerio de Educación y Ciencia.

Quienes hemos tenido la fortuna de ser sus colaboradores durante algunos años sabemos bien que el secreto último de su triunfo está en su condición de hombre bueno en el buen sentido de la palabra. Lúcido, perspicaz y seguro en sus proyectos, pero jamás arrogante; firme en sus ideas mas incompatible con la intolerancia; sabio en el arte de dirigir sin mandar nunca; captador de voluntades a través de una elegancia espiritual innata vertida en espontánea cortesía; flexible siendo tenaz en lo esencial; amigo inequívoco de sus amigos; bienquisto de todos.

Asumió las responsabilidades de la enseñanza de la Literatura hispanoamericana, tras un concurso-oposición en toda la regla, después de haber mostrado ampliamente su competencia como catedrático de Literatura española, buscando sin duda adentrarse en la complementariad que aquélla ofrece a ésta. Reestructuró e impulsó notablemente a partir de este momento los estudios literarios hispanoamericanistas en la Universidad Complutense, organizó un equipo de trabajo, orientó la cátedra «Rubén Darío» e impulsó muy pronto la creación de estos *Anales de Literatura hispanoamericana*, que se vanaglorian justamente de ser la primera revista universitaria española dedicada exclusivamente a temas de esa especialidad. Obra personal de Sánchez-Castañer fue también, en este contexto, la realización por primera vez en España, en 1975, de un congreso, el XVII, del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, actividad brillantemente desarrollada bajo su dirección, que abrió una nueva etapa en el estrechamiento de relaciones entre los especialistas españoles y los del resto de Europa y del continente americano, y sirvió para plantear tras muchas décadas el «estado de la cuestión» en nuestro país con referencia a esta literatura.

Los trabajos y los días de Francisco Sánchez-Castañer tienen un largo camino por delante. Quienes hoy le rendimos este emocionado homenaje, y muy en particular quien firma estas insuficientes líneas, sólo aspiramos al privilegio de seguir acompañándole.

LUIS SÁINZ DE MEDRANO
Madrid, 11 de febrero de 1980